

LAS LEYENDAS: DEL MITO A LA INVENCION

La sociedad de hoy, con sus prisas y dificultades para el entendimiento, parece mostrarse como terreno poco propicio para el desarrollo y transmisión de las leyendas. Se suele comentar muchas veces –sobre todo entre las personas que tuvimos la suerte de vivirlo– que las veladas de antaño, esas que permitían una relación natural y cotidiana entre los miembros de una comunidad, servían de punto de encuentro y de escuela de costumbres. Allí, los expertos en el arte de contar historias desgranaban no sólo maíz o guisantes sino relatos y facecias, leyendas y sucedidos, cuentos largos y cuentos breves que, a petición del auditorio o por propia iniciativa del contador, hacían más llevaderas las tres o cuatro horas de trabajo en común, desvelando y asimilando hasta hacerlas propias las peripecias de héroes, animales, brujas, gigantes o aparecidos.

Como en tantos otros aspectos de la tradición, hay, respecto al mundo del relato, una sensación de pérdida, o tal vez de desatención hacia un patrimonio que aparentemente se nos va. Sin embargo, a poco que uno tenga la precaución de abandonar esa sensación superficial de las cosas que caracteriza al mundo de nuestros días, podrá detectar sin dificultad dos aspectos claramente tradicionales en los ámbitos en que actualmente se desarrolla la relación humana y su mejor vehículo, el lenguaje coloquial. En primer lugar, la pervivencia de la necesidad de comunicar: no es raro hallar entre los chistes que habitualmente escuchamos a diario o que nos llegan por internet, materias o temas que ya estaban en la tradición hace cientos de años y que protagonizaban personajes cuya esencia no tiene edad: el tonto o simple del que se esperan reacciones exageradas o contradictorias que suscitan la carcajada; el vecino del pueblo, región, autonomía o nación al que se escarnece o hace burla por un simple reflejo de incompreensión cultural condicionado por la comodidad; los personajes que, desde distintos oficios o bajo diferentes jerarquías, encarnan la sabiduría marginal o el poder: médicos, curas, alcaldes, ministros, presidentes de gobierno, reyes, papas, etc.; partes o funciones del cuerpo humano que, por pudor o por una falsa y exagerada reacción contra ese mismo pudor, pueden representar un motivo de hilaridad...Todos estos temas y muchos más ya los teníamos en el corpus que se transmitía desde hace muchos siglos, y tanto más parecidos

a como hoy en día se narran, cuanto más similares son las características económicas, políticas y sociales de cada época. Incluso las fórmulas utilizadas por algunos contadores de chistes actuales ("saben aquél que dice...") nos recuerdan cada vez más a determinadas muletillas que solían encabezar los cuentos y leyendas ("pues érase una vez"), al servir ambas, tanto para captar la atención como para introducir al oyente en la atmósfera distinta en la que va a transcurrir la historia narrada.

Tal vez se advierta, eso sí, que a veces los personajes con nombre y apellido, con oficios, de los relatos de antes, se ven sustituidos por un quidam anónimo, por el ciudadano solitario en que nos hemos convertido todos un poco, desvalidos ante el peligro o las circunstancias que nos rodean amenazantes. Así, los Juanes, Juanitontos, Jaimitos de otras épocas se ven ahora reducidos al impersonal "uno": "Va uno al médico...".

Hay otro aspecto muy interesante —el segundo al que me refería antes— que no puedo dejar de comentar hoy. A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, los términos ya existentes de mito, leyenda y cuento fueron adoptados por diferentes recopiladores que les aplicaron diversos sentidos conceptuales para que sirvieran de categorías de los relatos. Los hermanos Grimm creían que los elementos míticos que integraban los relatos tradicionales aumentaban según éstos pertenecieran a un tiempo más lejano, de ahí que afirmaran que los relatos que recolectaban y publicaban como cuentos populares, descendían de antiguos mitos que, por decirlo de algún modo, habían ido degenerando. El cuento folklórico era, pues, una degeneración del mito, y por eso se hablaba de una "mitología menor" mantenida por el campesinado europeo y a través de la cual se podían reconstruir los mitos de los antiguos pueblos que habitaron Europa. Esta manera de percibir los relatos tradicionales propició la confusión de los géneros, pues su identificación parecía depender más de la etapa de desarrollo en que se encontrara el relato que del relato en sí; en consecuencia, los investigadores se despreocuparon de distinguir géneros que, al fin y al cabo, terminaban siendo todos una misma cosa. Para el erudito del siglo XIX no importaba lo que el mito narrara, sino la mentalidad que este tipo de narración reflejaba y lo que eso significaba para la historia del desarrollo humano. Poco importaba entonces si el relato era un mito, una leyenda o un cuento, pues, desde su punto de vista, eran narraciones que reflejaban un intento equivocado de explicar o de describir la realidad, producto de una mentalidad precientífica que aún

no había llegado al grado de desarrollo necesario para la elaboración de un pensamiento verdaderamente científico.

El estudio de esa mentalidad –no la que suponían los románticos, sino la auténtica mentalidad, es decir, el conjunto de conocimientos y creencias que nos dan personalidad-, sin embargo, ha revelado que ni es necesario un pensamiento científico para la explicación del comportamiento humano ni se puede prescindir jamás del individuo en la cadena de transmisión de los conocimientos. Durante los tres siglos pasados no se repara apenas en las posibilidades de lo antiguo como un fondo de uso común que se hace presente y se personaliza cada vez que se dice de nuevo y se vuelve a crear, en la mente y en la voz del individuo.

Escribía el filósofo alemán Gadamer: “Cuando la tradición vuelve a hablar, emerge algo que es desde entonces y que antes no era”. La voz, a partir del momento en que se cuenta algo, cumple con su sempiterna función de vivificar los contenidos y dar sentido verdadero al simple sonido. No estamos por tanto ante un repertorio que tiene más valor cuanto más antiguo sea, sino ante un catálogo amplísimo de comportamientos del que cada uno, en la medida que lo necesita y es capaz de comunicarlo, elige fórmulas que responden a su mentalidad y a su manera de ver el mundo. Habrá que reconocer, por tanto, que todos esos temas son como el agua de una fuente recogida en diferentes recipientes, que mostrarán el líquido de forma más fresca y deseable en la medida que el cristal sea más fino y transparente: en la medida que el continente –o sea la forma de contar y transmitirlo- sea más atractivo y cercano. No cabe hablar ya, por tanto, como se hacía en el Romanticismo, de transmisores anónimos y desdibujados sino de personas con nombres y apellidos que recogen el agua en copas de oro, que es el metal del que está fabricado el propio lenguaje en el que se ofrece el líquido que ha de calmar nuestra sed de conocimiento.

Los hermanos Grimm reconocieron en su antología la importancia de esas personas que les transmitieron de viva voz su colección de cuentos –principalmente de la señora Viehmann- pero, tal vez por prudencia, por humildad o por seguir la romántica y equivocada idea de que algo tiene más fuerza si es anónimo y está en boca de todos, no confesaron que en realidad la selección del material la hicieron ellos y que aportaron muchas modificaciones: elementos que hoy ya nadie recuerda si fueron agregados o

eliminados por ellos de las versiones. No hay anonimato o falta de nombre, por tanto, en la autoría de las versiones ya que cada narrador o escritor las firma en la medida que las selecciona, las narra y las transmite con su propia personalidad. Todas nos llegan rubricadas (y pongo como ejemplo las leyendas de Bécquer o estas que se presentan hoy), vengan en forma de antología o de cualquier variante que nos llegue por vía familiar o incluso por internet.

Con la invención del término "folklore" a mediados del siglo XIX, no sólo comienza a utilizarse un vocablo nuevo para designar la sabiduría popular sino que se abre a la curiosidad de los investigadores un nuevo mundo de apariencia exótica y antigua dentro del mundo propio, de la propia civilización. Ese espacio supuestamente novedoso traía consigo, sin embargo, unas contradicciones, conocidas desde los primeros pasos del género humano y probablemente derivadas en este caso del hecho de ser su inventor un anticuario. Dichas contradicciones serían, por un lado la necesidad de coleccionar piezas y conocimientos antiguos para darlos un valor diferente al que tuvieron (es decir estudiar un pasado que no había pasado del todo) y por otro la posibilidad de remontarse a unas épocas tan pretéritas como inexplicables con la ayuda del lenguaje y de la imaginación, llaves más adecuadas para entrar en las estancias del mito o de la fábula popular que para construir un edificio académico. En España, además, esa época presagia un momento difícil, por no decir crítico, en el que tanto el regeneracionismo como el nacionalismo van a echar mano de "lo popular" para justificar algunos de sus planteamientos. José Álvarez Junco hace, en su obra *Mater Dolorosa*, un análisis tan equilibrado como certero de ese abuso idealista de la historia, extraída de los anaqueles de lo fabuloso o de lo mítico. Al hablar del período visigodo, por ejemplo, llama "idealización" a la tendencia que ve ese período como un tiempo de fusión política, religiosa y hasta jurídica en el que pudiera haber nacido la "nación española", añadiendo que "un medievalista actual dotado de sentido histórico pondría muy en cuestión esta interpretación del mundo godo como plasmación inicial e idílica de la identidad española". La cultura siempre refleja las inquietudes de la sociedad y de sus creadores y artistas, y en el siglo XIX va derivando lentamente desde un romanticismo fantástico y productivo a un realismo más sosegado.

Desde la Edad Media hasta el siglo XIX se desarrolla una fuerte tendencia que va reconociendo no sólo el valor artístico o patrimonial de ese bagaje de interés común, sino la carencia que suponía que tales producciones del espíritu alimentaran como mucho a unos escasos privilegiados en unos pocos salones cortesanos y posteriormente en círculos capitalinos cercanos a los ateneos o a las sociedades de excursionistas. ¿Cabría sospechar que ya en el siglo XIX se está hablando de lo popular más con el sentido de aquello que se usa mucho, que con el sentido de lo que se origina en el pueblo? Yo me inclinaría a afirmarlo. Popular podía ser, siguiendo el credo romántico, aquello que el denominado "pueblo" -es decir, la colectividad anónima- había producido con su espíritu sencillo, pero también (y esta es la visión novedosa) aquello que una divulgación precisa y adecuada podía hacer llegar a un número considerable de personas que acabarían por reconocerlo, mantenerlo y utilizarlo como propio. Hay, por tanto, una aceptación expresa de que en lo diferente, en la variante local, está el perfil que distingue y enriquece las múltiples facetas de lo esencial y que todo eso se puede apreciar mejor si lo comparamos con lo que nuestros vecinos han producido en las mismas circunstancias.

Sin embargo, y entretanto, ese pueblo al que mencionamos, siguió evitando con insistencia cualquier tipo de reflexión que no llevara aparejado previamente el abandono de la pequeña patria, huérfana de fortuna y sin futuro pese a ser la fuente de tantas expresiones populares y muchas veces su principal argumento. Nadie quería reconocer su origen rural o renunciaba voluntariamente a él con vergüenza inconfesable. La fingida extrañeza ante las costumbres y comportamientos de pueblo (considerados antiguos o poco evolucionados y relacionados casi siempre con un pasado de pobreza del que nadie querría acordarse) está magistralmente plasmada en el cuento popular del muchacho que regresa a su aldea natal después de haber hecho el servicio militar (a veces la única salida que esperaba a los mozos lugareños) y afecta encontrar todo cambiado e ignorar los nombres de las cosas que antaño tuvo como más comunes. Cuando pisa sin querer un rastrillo y el mango le golpea en las narices, recuerda todo de repente y grita: ¡Coño con el rastro!.

Y es que ese "rastro", o sea lo que representan los saberes heredados por tradición, constituye siempre un compromiso que nos obliga a reflexionar porque nos atañe y nos

recuerda permanentemente de dónde procedemos. Muchos de los conocimientos recibidos de la tradición tienen una gran antigüedad y, por lo mismo, se han ido puliendo, perfeccionando en su forma y contenido al pasar el tiempo. Otros son más modernos pero poseen al menos un estilo y unas características comunes que los definen como propios de un lugar y de unas gentes. Parte de esa sabiduría pertenece al acervo común de la humanidad. Otra parte se ha inventado al abrigo de lo local, pero en ambos casos todos esos hechos han llegado a nuestra generación gracias a una evolución que los ha colocado con aparente exactitud en el momento presente.

Don Julio Caro Baroja afirmaba en un trabajo esencial, *Las falsificaciones de la historia*, que en cuestión de invenciones había que distinguir cuidadosamente las leyendas piadosas, hagiográficas y las tradiciones orales, de las falsificaciones deliberadas e intencionadas. Lo que sucede es que, una vez que esa falsificación se produce y se hace con habilidad y talento es imposible controlar su difusión y mucho más aún impedir que se produzcan versiones alimentadas por las propias características de la tradición oral. Otra cosa es, y sigo recurriendo a Don Julio en su impagable trabajo, que en los tiempos modernos lo que se falsifiquen sean las interpretaciones de los hechos en vez de los hechos mismos. El descubrimiento en los años 60 del siglo XX de la obra de un desconocido profesor de Oxford llamado John Tolkien nos devolvió, siquiera fuese artificialmente porque sobre todo nos llegó a través de una recreación cinematográfica, al fascinante universo del lenguaje, ese medio por el cual una persona se expresaba y un pueblo transmitía su conciencia colectiva. Para Tolkien, inventor de una mitología moderna basada en creencias antiguas, no fue muy difícil recurrir a los orígenes de la humanidad al escribir su obra *Silmarillion*, texto que explicaba y complementaba la terminología de *El señor de los anillos*. Para el curioso y atípico profesor, la verdadera vida sólo existía en el mundo mítico y legendario, muchísimo más interesante que la monotonía gris de esa sociedad industrial en la que le tocó vivir. Él pensaba que la solución al desinterés de la sociedad contemporánea estaba en fomentar el criterio propio en los individuos para crear personalidades independientes, discretas y juiciosas iluminadas por el uso correcto de esa palabra que nos ayuda a aprender y que nos guía en el camino del conocimiento. Nombrar y crear, pues, deberían —a su modo de ver— volver a ser sinónimos como siempre lo fueron.

En cualquier caso, y esto es otro cantar, parece que la "invención" de las naciones y la consecuente aparición del nacionalismo iba a exigir a sus promotores algunas pruebas que justificasen el origen de sus linajes y la antigüedad de sus genealogías. Existe entre algunos historiadores la idea de que con los Borbones se introdujo en España la necesidad de adaptación a un nuevo clima político salido de la Paz de Westfalia que exigía unidad territorial a los Estados para el establecimiento de una auténtica soberanía nacional. Sin embargo, se puede constatar que ese intento de fundar una conciencia política sobre la unidad territorial ya había sido utilizado mucho antes; incluso mucho antes de que los Borbones fundaran su dinastía. En la Plaza de Oriente todavía se puede admirar la estatua de Ataúlfo como primer rey "español". Sabemos también que frente a ese concepto artificial de Estado, creado y desarrollado a su conveniencia por el ser humano, Herder contraponía su Volkstum, idea primitiva y natural que hundía sus cimientos en el lenguaje, las costumbres y la historia. Ese gusto por lo antiguo, por lo histórico y legendario obliga a Herder y a sus seguidores a buscar el "documento primitivo", es decir la base histórica sobre la que asentar los orígenes de un héroe, de una raza, de un pueblo o finalmente de una nación.

Quienes busquen una explicación, por ejemplo, al hecho de que un personaje como Rodrigo Díaz –el Cid– haya despertado durante siglos el interés de generaciones y generaciones de lectores y oyentes, deberán recurrir a su distintivo de héroe. Cuando el *Cantar* se escribe, el Cid ya era famoso y los versos que componen el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid son en realidad “las nuevas”, o sea las noticias, que de él se dan para quienes deseen satisfacer su curiosidad sobre el personaje heroico. El carácter del Cid y su comportamiento son, en cuanto humanos, muy cercanos a quienes se aproximen a escuchar los relatos que sobre él se van produciendo. Rodrigo suspira, sonríe, llora, sueña, se alegra y hasta reacciona de forma práctica o lógica ante los problemas que la suerte o el hado le plantean. También es mesurado, leal, valiente y bien nacido. Pero además de todo eso, lo que le da una especie de derecho que le eleva sobre el resto de los mortales es su capacidad para asumir el riesgo de enfrentarse a los conflictos, así como su virtud especial para solucionarlos.

Parece casual que el manuscrito carezca de la primera página y comience con el episodio del extrañamiento del héroe de su tierra. Sin embargo tal hecho es providencial y comparable con la estructura de muchos relatos fantásticos cuyo primer argumento es la salida del protagonista de su hogar. Precisamente el éxito de los relatos es su fórmula abierta, que permite ensamblar nuevos hechos, añadir sin dificultad situaciones interesantes, sin afectar o alterar la personalidad del héroe. Y estos hechos, esas circunstancias legendarias, vienen a refrendar la opinión que la sociedad tiene acerca de sus valores o a reforzar la admiración popular hacia su comportamiento. Se podría añadir que el ritual que el mito necesita para consolidarse consiste en leer o escuchar una y otra vez la historia del personaje heroico. Durante siglos ese rito se alimentó del estudio y lectura de los textos cidianos (*Cantar*, romances), así como de la recitación e interpretación de los mismos bajo la sujeción tan exigente como poco conocida de las normas orales. Por fortuna, entre los trabajos que ha generado el *Cantar*, en concreto, tienen cada vez más interés aquellos que explican algunas de sus peculiaridades a través de los patrones salmódicos con que los cantores especializados transmitían esos relatos. De ese modo, cabría considerar el *Cantar* como la instantánea de una serie de hechos que, antes y después de ser fijados por escrito, circularon en boca de esos especialistas adaptando su forma y su ejecución a la habilidad del bardo o a la curiosidad de la audiencia. *Cantar* y romances van configurando un perfil de Rodrigo Díaz que deja de pertenecer a la historia para entrar por derecho propio en el ámbito de lo legendario o de lo mítico. Sus rasgos se dibujan con trazos tan diversos como su pretendida bastardía o su probado arrojo, pero el carácter abierto de la historia que sobre él se urde permite que a las cualidades que se le atribuyen en el *Cantar* –medura, oportunidad, madurez, honradez– se le añadan otras en el Romancero –generosidad, apasionamiento, fortaleza, discreción–, sin dejar de alabar en todo momento su oficio y su condición de caballero que no sólo lo definen sino que lo encumbran. En cualquier caso, la conducta de Rodrigo es creíble y responde finalmente al retrato que poetas, artistas y público han querido o han necesitado pintar de él en cada época.

En alguna de las leyendas que seleccioné para este libro no he podido resistirme a la tentación de hacer una aportación personal. El episodio de Raquel y Vidas, los dos prestamistas judíos a los que, de parte del Cid, se ofrece un cofre cerrado lleno de arena

en vez de oro, ha sido tratado desde numerosos puntos de vista: avaricia, humor, honor, necesidad, antisemitismo, etc. No he visto jamás, sin embargo, la explicación más lógica: que los prestamistas finjan ser engañados teniendo en el fondo confianza en el héroe y en que la deuda será pagada. Esta visión del pasaje me convierte en fabulador y me aleja de la historia.

Los antiguos, al tratar de justificar con historias los remotos orígenes de un personaje o de un pueblo -fuesen o no legendarios-, tuvieron el mismo problema, cuya anfibología resolvieron creando distintas categorías en las que se diversificaban las funciones. Aristóteles en su *Poetica* (IX) escribía: "La distinción entre el historiador y el poeta no consiste en que uno escriba en prosa y el otro en verso; se podrá trasladar al verso la obra de Herodoto y seguiría siendo una clase de historia. La diferencia estriba en que uno relata lo que ha sucedido, y el otro lo que podría haber acontecido. De aquí que la poesía sea más filosófica y de mayor dignidad que la historia, puesto que sus afirmaciones son más bien universales, mientras que las de la historia son particulares".

Los romanos solucionaron el dilema con una dosis de la propia medicina: "Quod gratis asseritur, gratis negatur", decía el proverbio latino (o sea lo que se afirma sin pruebas se puede negar sin pruebas). Siglos más tarde, San Isidoro, completando la idea de Aristóteles, hablaba de tres tipos de categorías para definir lo relatado: *historiae* -o sea los hechos que realmente sucedieron-, *argumenta* -es decir lo que podría haber pasado pero no pasó- y *fabulae* -o lo que es lo mismo, lo que ni pasó ni pudo haber pasado-. Remitiéndonos de nuevo a la obra de Caro Baroja, Don Julio nos relata, al referirse a falsificaciones famosas sobre el origen de las naciones, las historias fabulosas aparecidas desde Annio de Viterbo y dedica al imaginativo dominico algún capítulo de su mencionado trabajo donde describe los pasos dados por el pseudohistoriador para crear, siguiendo a un monje primitivo y un poco apócrifo llamado Beroso, la prehistoria de España. Algunas de esas antiguas Crónicas en las que se trata de explicar el origen de España cuentan que, después del Diluvio, el quinto nieto de Noé llamado Túbal se embarcó en un endeble bajel, con su familia y pertenencias, y navegó por distintos mares hasta arribar a un lugar hermoso y fértil. Después de desembarcar, los viajeros decidieron bautizar aquella tierra con el nombre de Hesperia, el mismo con el que denominaban a la estrella

que les había guiado hasta allí. El hijo de Túbal, Ibero, quiso marcar algún tiempo después el territorio conquistado con su propio nombre, pero su hijo Hispán fue quien, al ser designado primer rey del país, impuso la denominación que habría de perpetuarse. Estos relatos legendarios tuvieron su fortuna en los siglos medios y llegaron a la edad moderna con aromas de antigüedad y de epopeya. Sobre todo de epopeya, es decir de poema épico en el que los nombres propios y la exageración intencionada iban conduciendo la historia hacia los huertos conocidos y trayendo el agua a los molinos propios. Hesperia, en realidad, era como los griegos llamaban a todas aquellas tierras que se hallaban hacia el occidente, es decir hacia donde el sol se ponía, pero en este caso lo importante era que en el rompecabezas de la fábula encajaran todas las piezas, o sea todas las versiones conocidas de las narraciones legendarias sobre nuestros orígenes, y así se escribía la historia. No es extraño por tanto que, desde hace mucho tiempo, la palabra historia tenga en nuestro país un significado dudoso: “el defecto de las crónicas –dice una de ellas- es que los que las escriben lo hacen por mandado de los reyes e principes, por los complacer e lisonjar o por temor de los enojar”.

Con independencia de la poca objetividad y del exceso de imaginación, hay algo que se repite indefectiblemente en la narración: cada nuevo héroe impone su personalidad, marca sus límites y firma sus hazañas.

En la selección y aceptación de las leyendas están siempre presentes las cualidades que dan carácter al héroe y que gustan o disgustan al auditorio o al lector. ¿El héroe, lo es por sus hechos o porque representa las cualidades de un colectivo? La afición a describir el carácter de las personas que habitan un país es tan antiguo como el viaje o la extranjería (extranjero precisamente viene de extrañar, en el sentido de sentir extrañeza por algo que nos es ajeno). Quienes primero se atreven a retratar los defectos y cualidades de los habitantes de un país suelen ser quienes pasan por él o son forasteros, es decir de fuera. Lucio Marineo Sículo, el humanista siciliano que escribió en la corte de Fernando el Católico, describía así a los españoles siguiendo los patrones que se supone había descubierto previamente Marco Juniano Justino copiando a Pompeyo Trogo: “Los cuerpos de los hombres hispanos están preparados para el hambre y la fatiga, sus almas para la muerte. Todos son de una dura y severa sobriedad. Prefieren la

guerra a la inactividad; si falta un enemigo fuera, lo buscan en su tierra. Es un pueblo de una viva velocidad y de ánimo inquieto; la mayoría tiene más aprecio por sus armas y sus caballos de guerra que por su propia sangre".

En la Crónica General de España, escrita por Florián de Ocampo por mandato de Carlos el Emperador, se puede leer al hablar de Abidis, por ejemplo (el vigésimocuarto rey de la mencionada dinastía de Annio de Viterbo) que pudo ser, según él, el introductor en España del pan y del vino además de ser quien redactó las primeras leyes: "Y porque donde no hay verdadera justicia no puede haber bien que permanezca hizo leyes generales fundadas en tanto celo, sin haber en ellas especies de intereses ni tiranías. Estas leyes fueron pocas en cantidad como lo deben ser las buenas leyes, porque siendo muchas en número, según de poco acá las usamos en España y en algunas otras regiones de Europa, más son armadijas y lazos en que caigan los hombres que remedios para bien vivir". Pero Ocampo justifica el uso de algunas suposiciones fabulosas con el palmario argumento de que, si varones de tanto crédito y de tanta antigüedad las escribieron ¿por qué no las iba a divulgar él?. Esa liberalidad, sin embargo, le causaría más tarde problemas y descrédito al ser acusado por historiadores como Juan Francisco Masdeu, de introducir en la historia las patrañas de Annio de Viterbo y mezclarlas sin pudor con los hechos históricos. Masdeu, para demostrar que los ingleses no estaban autorizados a dar lecciones a los españoles en materia de certificaciones históricas, recuerda que fueron precisamente historiadores hispanos los que quitaron la máscara del de Viterbo y españoles también quienes rechazaron al falso monje Beroso impugnándolo ardientemente. Acusa a Geoffrey de Monmouth de meter por la puerta de atrás las fábulas del rey Arturo "adoptando también con la mayor audacia como auténticas e infalibles profecías, los mentirosos vaticinios de un cierto Merlín, nacido, como el autor finge, de un demonio y de una mujer". Al atacar a Ocampo Masdeu cae, sin pretenderlo, en el juego de Viterbo: en realidad no niega la existencia de Merlín sino la posibilidad de que tuviese tales padres.

Inventos y falacias, fábulas y hechos históricos fueron creando de esta forma -con la autocomplacencia y la consentida mistificación- unos arquetipos legendarios que se

difundieron a través de los medios más eficaces, entre los que estaba, cómo no, la tradición oral.

El español es honrado
Es esforzado y valiente
Es moderado y prudente,
Buen marino y buen soldado:
Del extranjero estimado,
Es generoso y sufrido,
Ingenioso y atrevido,
Y con tal disposición
Por falta de aplicación
Es un tesoro escondido.

Los versos pertenecen a un pliego de cordel en el que se pretende, a través de veintidós décimas, descubrir los defectos y cualidades de los habitantes de España, siempre desaprovechada y siempre en espera de un mejor destino: los castellanos viejos tienen buen corazón aunque son lerdos y mohínos; los nuevos, son amables pero interesados; los alcarreños, sencillos pero algo brutos pues después de inmensos trabajos sólo sacan un poco de miel; los manchegos, despiertos y pendencieros; los extremeños, insolidarios y, aunque vivos, por perezosos son los más atrasados de la nación; los andaluces rezadores y exagerados hasta el extremo de desafiar a todo el mundo para quedar al final tan amigos; los aragoneses, tesoneros y testarudos; los catalanes, viajeros y emprendedores hasta convertir las piedras en panes; los valencianos, de corazón frío y espíritu ligero; los murcianos, cantadores y apegados a su huerta; los gallegos, listos (el que sale) y segadores; los maragatos, buenos y mercaderes; los leoneses, más sencillos y sanos que los castellanos pero de corazón duro, toscos y bravíos; los asturianos, de aspecto parecido al oso pero honrados; los vizcaínos, duros defensores de su fuero y, si llega el caso, desaforados escritores; el navarro, honrado y amante de la buena mesa; los riojanos, montaraces y vividores; los madrileños, remilgados pero elegantes; los mallorquines, enemigos de moros y argelinos; los canarios, marineros y demasiado amigos de los ingleses; el indiano, por último, ambicioso y adinerado. ¿Se pueden decir

más tópicos en menos espacio? Por un cuarto, por un ridículo cuarto, cualquier persona podía tener acceso a un estudio, si no científico, sí claro y terminante sobre los habitantes de la piel de toro que ha pervivido, como tantas otras cosas, hasta nuestros días.

Dice Don Julio Caro que, "independientemente de que exista un carácter del pueblo español, o unos rasgos fisiológicos o físicos del mismo, hay una voluntad de asignárselos, buenos o malos, según diversas coyunturas y conforme a posiciones diversas: de poder, de victoria, de derrota, de amor o de odio". Observando que el origen de esa voluntad suele ser tan apologético como ofensivo, tan exagerado como extremista, tal vez no estaría descaminada la intención del anticuario inglés William Thoms al crear una vía intermedia, conciliadora, entre la historia y la leyenda cuando inventó el término folklore. Si con la nueva ciencia se pretendía el estudio del ser humano y sus expresiones, el campo coincidía plenamente con el de la disciplina histórica que pretendía conocer con un método el pasado de la humanidad; y si, más aún, ello se planteaba desde las distintas perspectivas del arte verbal, ningún género mejor que el del relato con sus muchas fórmulas expresivas.

El lenguaje usado concebía la narración de todas esas vetustas leyendas sólo como una progresión de hechos relacionados que tenían coherencia entre sí porque se narraban sucesivamente y poseían un hilo conductor que los encadenaba. No siempre ni en todas partes fue así: más de un cronista americano habló de la presunta dificultad que a su entender tenían los indios para expresar correctamente sus mitos y creencias. Según tales cronistas los relatos no tenían sentido y parecían hechos de retazos aislados e inconexos. Algo semejante a nuestros sueños, de cuyas imágenes parece que nos queda siempre una sensación de instantaneidad, de fogonazo que ilumina durante un momento una estancia para volver a dejarla en la oscuridad. Los mitos en las culturas indias americanas son, sin embargo, el reflejo de un estado natural, de una religiosidad sin dogmas; son relatos orales entregados como versiones y comentarios de cosas que pasan o han pasado, de lo que se dice que aconteció o ha de suceder y quien lo relata lo revive o lo imita. No pretenden, por tanto, ser verdades inapelables sino imágenes que se recrean oralmente y se renuevan y transforman constantemente, como las posturas

de un animal o las formas de las nubes. Los temas, desde luego, son los mismos que nos preocupan a los occidentales (el principio y el fin del mundo, la multiplicidad del universo, la fragilidad del ser humano, el interés por los otros o el respeto al entorno), pero sus concreciones, lejos de revestirse de seriedad, son fugaces y cambiantes. Su coherencia no radica en la cohesión de los hechos entre sí, sino en la relación de esos hechos con la propia existencia, con la propia mentalidad. Muchas culturas indígenas (indígena en realidad significa “nacido allí”) todavía conservan, en hermosos mitos entregados cuidadosamente por la tradición oral, el recuerdo de ideales épocas pasadas denominadas genéricamente como “tiempo de los sueños” o más sutilmente edad de la poesía, es decir períodos de tiempo en que la imaginación y la memoria superaban a la realidad en la mentalidad humana.